

## PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (1 de julio)

*Oh Dios, que has redimido a todos los hombres con la Sangre preciosa de tu Hijo unigénito, conserva en nosotros la acción de tu misericordia para que, celebrando siempre el misterio de nuestra salvación, podamos conseguir sus frutos eternos. Por nuestro Señor Jesucristo. (Oración de la Misa Votiva)*

### I. NOTA HISTÓRICA SOBRE ESTA CELEBRACIÓN

A lo largo del tiempo la Iglesia desarrolló varias fiestas de la Preciosa Sangre, pero no fue hasta el siglo XIX cuando se estableció una fiesta universal. Durante la Primera Guerra Italiana por la Independencia en 1849, el papa Pío IX se exilió a Gaeta. Fue allí donde Don Giovanni Merlini, tercer superior general de los Padres de la Preciosa Sangre le sugirió al papa Pío IX que creara una fiesta universal a la Preciosa Sangre para rogar a la ayuda celestial de Dios para que terminara la guerra y llevar la paz a Roma. Pío IX posteriormente hizo una declaración el 30 de junio de 1849 de que tenía la intención de crear una fiesta en honor de la Preciosa Sangre. La guerra pronto terminó y regresó a Roma poco después. Más tarde, el papa Pío X asignó el 1 de julio como la fecha fija de esta celebración. En el año 1960 dispuso Juan XXIII introducir en las letanías de la Bendición eucarística la alabanza: Bendita sea su Preciosísima Sangre. Después del Concilio Vaticano II, la fiesta se eliminó del calendario, pero se estableció una Misa votiva en honor de la Preciosa Sangre.

### II. ILUMINACIÓN BÍBLICA

El Nuevo Testamento pone fin a los sacrificios sangrientos del culto judío y abroga las disposiciones legales relativas a la venganza de la sangre, porque reconoce el significado y el valor de la «sangre inocente», de la «sangre preciosa» (1Pe 1,19), derramada por la redención de los hombres.

1. *Evangelios sinópticos.* Jesús, en el momento de afrontar abiertamente la muerte, piensa en la responsabilidad de Jerusalén: los profetas de otro tiempo fueron asesinados, él mismo va a ser entregado, sus enviados serán muertos a su vez. El juicio de Dios no puede menos de ser severo contra la ciudad culpable: toda la sangre inocente derramada acá en la tierra desde la sangre de Abel recaerá sobre esta generación (Mt 23,29-36). La pasión se inserta en esta perspectiva dramática: Judas reconoce que ha entregado la sangre inocente (27,4), Pilato se lava las manos mientras que la multitud asume la responsabilidad de la misma (27,24s). Pero el drama tiene también otra faceta. En la última cena presentó Jesús la copa eucarística como «la sangre de la alianza derramada por una multitud en remisión

de los pecados» (26,28 p). Su cuerpo ofrecido y su sangre derramada hacen, pues, de su muerte un sacrificio doblemente significativo: sacrificio de alianza, que sustituye por la nueva alianza la alianza del Sinaí; sacrificio de expiación, según la profecía del «siervo de Yahveh. La sangre inocente injustamente derramada se convierte así en sangre de la redención.

2. *San Pablo.* Pablo propende a expresar el sentido de la cruz de Cristo evocando su sangre redentora. Jesús, cubierto con su propia sangre, desempeña ahora ya para todos los hombres el papel que esbozaba en otro tiempo el propiciatorio en la ceremonia de la expiación (Rom 3,25): es el lugar de la presencia divina y asegura el perdón de los pecados. Su sangre tiene, en efecto, virtud saludable: por ella somos justificados (Rom 5,9), rescatados (Ef 1,7), adquiridos para Dios (Act 20,28); por ella se realiza la «unidad entre los judíos y los paganos (Ef 2,13), entre los hombres y los poderes celestes (Col 1,20). Ahora bien, los hombres pueden comulgar en esta sangre de la nueva alianza cuando beben del cáliz (copa) eucarístico (1 Cor 10,16s; 11, 25-28). Entonces se instaure entre ellos y el Señor una unión profunda de carácter escatológico: se recuerda la muerte del Señor y se anuncia su venida (11,26).

3. *Escrito a los Hebreos.* La entrada del sumo sacerdote en el santo de los santos con la sangre expiatoria es considerada por el escrito a los Hebreos como la figura profética de Cristo que entra en el cielo con su propia sangre para obtener nuestra redención (Heb 9,1-14). Esta imagen se mezcla con la del sacrificio de alianza

ofrecido por Moisés en el Sinaí: la sangre de Jesús, sangre de la nueva alianza, se ofrece para la remisión de los pecados de los hombres (Heb 9,18-28). Por ella obtienen los pecadores acceso cerca de Dios (10,19); más elocuente que la de Abel (12,24), asegura su santificación (10,29; 13,12) y su entrada en el rebaño del buen pastor (13,20).

4. El *evangelista Juan* sobre la sangre de Jesús: Del costado de Cristo traspasado por la lanza vio brotar el agua y la sangre (Jn 19,31-37), doble testimonio del amor de Dios, que corrobora el testimonio del Espíritu (1 Jn 5,6ss). Ahora bien, este agua y esta sangre siguen ejerciendo en la Iglesia su poder de vivificación. El agua es el signo del Espíritu, que hace renacer y que apaga la sed (Jn 3,5; 4,13s). La sangre se distribuye a los hombres en la celebración eucarística: «Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna... [él] permanece en mí y yo en él» (Jn 6,53-56).

(L. Difour, V.T.B.)

